

## Cuando una palabra lo cambia todo: El proceso de lenguaje en la infancia

When one Word changes everything: The language process in childhood

Natalia Edelmira Calderón Huamán

[nate26calderon@gmail.com](mailto:nate26calderon@gmail.com)

<https://orcid.org/0009-0004-8845-8493>

Universidad Católica de Trujillo – Facultad de Humanidades

DOI: <https://doi.org/10.46363.willachikuy.v5i1.4>

Este artículo presenta mi experiencia vivida con una niña de 3 años dentro de mi salón de prácticas pre – profesionales, en el colegio San Agustín de Hipona, el cual se encuentra en el distrito de Moche, al comenzar mis prácticas observe a una pequeña llamada Jimena quién no utilizaba palabras ni frases, cuando necesitaba algo. Gracias al acompañamiento docente, los vínculos afectivos y la estimulación adecuada, además con la aplicación de estrategias pedagógicas hoy es capaz de expresar lo que desea, rechazar lo que no le agrada, articula palabras, usa frases y construir sus primeras oraciones, demostrando procesos de conciencia fonológica. Esta vivencia me permite reflexionar sobre el verdadero rol de alumna practicante en el aula como promotora del lenguaje y la comunicación en la primera infancia y que el jardín va más allá de

ser un entorno de estudio y de cuidado, se convierte en un espacio de construcción de identidad y expresión. Retomando la propuesta del objetivo del desarrollo sostenible al 2030, que refiere a la educación inclusiva, se toma como una propuesta de artículo de opinión que ha venido siendo desarrollado en el colegio San Agustín de Hipona y acompañada de docente de aula encargada de 3 años; y como producto de una experiencia vivencial, donde la pequeña a la que observé durante este ciclo educativo nos mostró cómo el silencio también comunica, y cómo una intervención adecuada puede abrir caminos hacia la palabra, me permito elaborar el presente artículo de opinión dando propuestas, de que el lenguaje como derecho debe ser aplicado a todos los niños garantizando una educación de calidad que no es solo hablar o

comunicarse, sino aprender para la vida e insertarse a una sociedad competitiva. En el marco de la Ley General de Educación N.º 28044 y los principios del Currículo Nacional peruano, el aula se concibe como un espacio de respeto, escucha y aprendizaje activo, donde cada niño encuentra la oportunidad de hacerse sentir escuchado, respetar sus tiempos y formas de aprender.

La educación inicial debe ser vista como el primer paso para garantizar el desarrollo integral, cognitivo, afectivo y psicomotor. En este caso, se implementaron estrategias como el uso de canciones, títeres, gestos, juegos de roles, dramatizaciones y repeticiones constantes de palabras fundamentales. Estas prácticas permitieron crear un ambiente seguro y familiar para que la pequeña se animara a emitir sonidos, luego palabras, hasta formar pequeñas frases.

El lenguaje emergió en la medida que la pequeña sintió la confianza. Fue fundamental respetar su ritmo, celebrar cada intento y promover el diálogo incluso antes de que existieran las palabras. Hoy ella es capaz de pedir, rechazar, elegir y hasta iniciar interacciones con sus compañeros.

La experiencia demuestra que además del aula, juega un rol importante el andamiaje permanente que brinda el acompañante. Cuando el aula está guiada por una docente sensible, inclusiva, comprometida y preparada, se convierte en un entorno donde el lenguaje florece. Sin embargo, también se requiere el acompañamiento con la familia, la continuidad en casa y un enfoque basado en el juego, amor y la emoción.

El aula, por sí sola, no lo puede todo. Pero cuando se convierte en un espacio de afecto, paciencia y escucha activa, despierta en los niños y niñas el deseo de comunicarse. Lo que empieza como un balbuceo tímido puede transformarse en una voz firme cuando el entorno cree en ellos y los anima a hablar.

El aula de educación inicial no es solo un espacio donde se enseña, sino un lugar donde ocurren pequeños milagros cada día. Allí, en medio de canciones, gestos, abrazos, música y mucho amor y comprensión, los niños y niñas comienzan a descubrir su voz. No solo la voz que se oye, sino también la que se siente, la que nace del interior cuando se sienten seguros, valorados y comprendidos por la familia y la

sociedad. La historia de mi niña Jimena de 3 años es una muestra viva de esto. Cuando llegó, los primeros meses, el silencio era su única forma de comunicarse. Pero con el tiempo, cariño, y con palabras repetidas, paciencia y con mucha alegría en cada logro, poco a poco fue animándose a hablar. Hoy puede decir cuándo algo le gusta, pedir lo que desea y comunicarse con sus compañeritos. Y aunque el proceso continúa, ya dio su primer gran paso: se atrevió a usar su voz.

Esto me reafirma que el lenguaje

florece cuando se cultiva con afecto. La

educación inicial tiene el poder de transformar realidades, pero necesita docentes sensibles, inclusivos, aulas ricas en experiencias significativas y familias que acompañen desde el amor en casa.

Por eso, afirmo con firmeza que sí: el aula es un medio idóneo para el desarrollo del habla, cuando hay compromiso, detrás de cada palabra nueva hay una mirada que anima, una mano que sostiene y un corazón que cree en lo que ese niño o niña puede llegar a ser, concordando con la pedagogía del amor.